

La montaña femenina



■ "El Urriellu". Foto: Roberto Anguita. Naturmedia.

Por Antonio Pérez Henares

Las montañas de mi infancia siempre fueron azules y al atardecer. Eran y son la sierra Norte de Guadalajara, con el sol poniéndose tras ellas y yo atalayando, resubido en los visos de las Alcarrias, desde los altos de Henarejos, todo el valle a mis pies, con las faldas hasta el río Henares pobladas de grandes robles alineados, luego la serpiente de chopos siguiendo el río, más allá estepas onduladas y luego, azul en la lejanía, la sierra cerrando los horizontes por los que el sol se escabullía detrás del Pico del Lobo y, después de hacer un perfil con el

Ocejón, entregaba todo el espacio a la noche. Más tarde, en medio de la oscuridad, más allá de las luces de los pueblos diseminados por la llanura, muy a lo lejos, hacia arriba, dirías que cercano a alguna estrella rebajada, estaban las luminarias que señalaban el Alto Rey. Allí sigue estando todo. Excepto mi infancia.

Mi juventud tampoco está ya en las faldas del Mugarra ni en las campas del Amboto, donde algún día fui a sufrir por vez primera por el amor de una mujer y a escribir versos malos de los que todos hemos escrito alguno

por lo menos una vez en la vida. Si hubiera sabido lo que ahora sé hubiera andado con mayor cuidado porque no sólo anda por aquellas grutas la bruja Mari, sino que por los riachuelos abundan las lamias y por aquel entonces yo hubiera sido presa tierna y fácil tanto de una como de las otras. Aunque tal vez me salvaron mis versos. Quizá ellas los habían escuchado y prefirieron con muy buen criterio no cogerme prisionero con tal de no aguantarlos. Me temo que algo similar debió sucederle a mi primer amor, que lo fue mío pero en absoluto suyo.

En cualquier caso lo que no me ha arrebatado la vida son el recuerdo de aquellas montañas del duranguésado y esas mañanas entre la bruma, el helecho y el pinar que aún me llegan a veces para acariciarme el alma y las mejillas.

He amado después otras montañas. Me guardo en el corazón la sierra de Ronda y los pinsapares de Grazalema, me he apropiado para que me consuele en mis días fríos de las nieves de los Picos de Europa desde Fuentes Carrionas al Urriellu y guardo siempre un queso de Cabrales por si necesito acordarme de aquel día que bajé el Cares desde Cain hasta Poncebos. Porque además del queso se une siempre a la imagen de la montaña la de los leños de roble ardiendo en las chimeneas, el sabor de las castañas y el reconfortante vaho de los potes. Hay siempre un aroma a embutido y a pan cortado en rebanadas con una buena navaja. Y luego hay una trucha pescada y comida al minuto, preparada sobre una lasca de pizarra en los Pirineos, allá por Huesca, que son la evocación del mejor verano en la naturaleza y del único momento, éste en invierno, en que he contemplado las montañas desde arriba. Fue un recorrido en helicóptero del que atesoro nitidamente en la memoria muchas cosas, una sobre todo: un grupo de rebecos abriéndose camino entre la nieve.

Pero no me ha gustado vencer a las montañas. No he tenido esa ansiedad montañera de hollarles la cima. He preferido siempre contemplarlas un poco desde abajo, que es desde donde mejor se aprecian y todo lo más que he llegado ha sido a su falda y a levantarla para mejor apreciar su belleza. Por su cintura sí he andado y aún transito todo lo que puedo y si tuviera que elegir diría que no hay camino mejor que es por entre las hojas caídas de los hayedos, con los humores y colores más intensos y perfumados de la tierra hechos brotar por el otoño y con el oído acunado por el rumoroso latir de un riachuelo. Todos los sentidos lo gozan y a todos llena.



■ Ocejón. Foto: Roberto Anguita. Naturmedia.

Tiene, para mi al menos, algo de femenino la montaña. No se da ni se entrega al primer cantamañanas que se acerca a ella haciendo ruido. No. Exige que se la transite con cuidado, con cierta osadía, sí, pero también

con mucha cautela. Es peligrosa si no se la respeta y sólo si percibe pasión verdadera es cuando irá descubriendo sus secretos y la hermosura de sus más escondidas alcobas y de sus más íntimos recovecos. ■